

## APERTURA DEL II CONGRESO EUCARÍSTICO DE LA HABANA

*Catedral de La Habana,  
Vísperas Solemnes de la Inmaculada Concepción,  
7 de diciembre del 2000*

Queridos hermanos y hermanas:

Estamos cantando las alabanzas de Dios que obró maravillas en María, su servidora, en estas Vísperas de la solemnidad de la Inmaculada Concepción de la mujer elegida por Dios para ser la Madre de su Hijo Eterno, que, despojándose de su rango, por amor a nosotros y por nuestra salvación, esposaría nuestra pobre humanidad, dignificándola al hacerla participar de su Divinidad.

María es la Inmaculada, la que no conoció el pecado, porque Dios creador la preservó de Él mirando desde la eternidad la entrega de su Hijo en la cruz, que, con su cuerpo nacido del seno de María, se ofreció como víctima agradable al Padre por amor a nosotros.

Esa ofrenda de Cristo en la Cruz es la que la Iglesia presenta cada día en la celebración de la Eucaristía. Sobre las ofrendas del pan y del vino invoca cada día el sacerdote el Espíritu Santo y el pan y el vino, sin perder sus características propias, pasan a ser una realidad nueva: el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Como el Espíritu Santo cubrió a María con su sombra y su vientre virginal se hizo fecundo y tomó cuerpo en sus entrañas purísimas el Hijo Eterno de Dios, así, por la acción del espíritu, el pan y el vino se transforman en la realidad nueva del Cuerpo y la Sangre de Cristo, aquel cuerpo y aquella sangre que Cristo recibió de la Virgen de Nazaret.

La Iglesia y María recorren un camino paralelo en la historia de la humanidad y la Iglesia siempre mira a María como el modelo perfecto de lo que debe llegar a ser la unidad de los redimidos por Jesús, la Iglesia debe decirle a Dios, en cada época de la historia y en todas partes del mundo, el sí decidido como el de María, que haga posible que Jesús, el Salvador, entre en la historia de los hombres y se haga presente en medio de ellos. La Iglesia debe ser pura en su intención, en su acción, en su fidelidad a Dios, como lo es María. La Iglesia debe ser como María Madre amorosa que acoge a todos sus hijos: a los distantes, a los descarriados, a los débiles, a los activos y fieles y a los santos. Pero la Iglesia, como María, debe hacer calladamente, humildemente, el camino de acompañamiento del Cristo que sube al Calvario y que se entrega en la Cruz. Como ella, debe permanecer también al pie de la Cruz.

En algunas etapas de su historia, esta estancia dolorosa se hace larga, abrumadora, humanamente insoportable. Pero allí, junto a la Cruz, de pie como María, debe estar la Iglesia. Y en cada momento del tiempo que le toca vivir, la Iglesia emprenderá con gozo el camino misionero como María, grávida de Dios, fue a la montaña para visitar a Isabel, a su prima, y servirla cuando ella la necesitaba. En servir está el gozo de la Iglesia, en saber que es portadora de Cristo para los hombres está su alegría, como la alegría de María que prorrumpe en su canto en la alabanza de Dios que obraba en ella maravillas, que levanta del polvo al pobre, que enaltece a los humildes.

El libro del Apocalipsis nos presenta hoy en una visión hermosa y cargada de sentido a una mujer vestida de sol, coronada de estrella, con la luna bajo sus pies, que es a la vez María y la Iglesia.

La Virgen da a luz un hijo y su hijo es arrebatado y llevado al cielo, la Iglesia sabe que Jesucristo está con nosotros siempre hasta el fin del mundo, pero no hace ya la experiencia de los apóstoles y los discípulos de estar con Jesús, de oír sus palabras, de contemplar sus milagros, de sentir la fuerza de su amor que llega al pobre, que perdona al pecador, que cura al enfermo. Tendrá que hacer lo que su maestro: sanar, perdonar, acoger, bendecir, pero Jesús la acompaña desde lo alto, lo profundo, desde el seno de la Trinidad a donde retornó con nuestra humanidad glorificada por su resurrección; mientras que vemos amenazador el extraño dragón de aspecto bestial que parece barrer con todo. Es

la personificación del mal, del mal físico: hambre, epidemias, calamidades naturales, pero aún más del mal moral, del odio, de la venganza, de las ansias de dominio. Pareciera que puede barrerlo todo, sofocar los mejores deseos y los anhelos más bellos. Y parece entonces que la mujer, la Iglesia, queda en medio de un desierto. Pero el desierto es un lugar de silencio, de transparencia de la luz, donde puede oírse el menor sonido. Y se oyó una gran voz desde el cielo: *«ya llega la victoria, el poder y el Reino de nuestro Dios, y el mando de nuestro Mesías»*.

Apoyada en esta esperanza hace su camino por el desierto la Iglesia una santa, católica y apostólica, escuchando siempre esta voz que le asegura que el penoso y gozoso esfuerzo de su misión, que su estadía al pie de la Cruz, que el gran silencio y la quietud abrazadora del desierto, conducen siempre a la victoria de nuestro Dios.

Esto lo celebra cada día la Iglesia en la Eucaristía cuando el Espíritu Santo cubre las ofrendas de Pan y Vino y el Hijo Eterno de Dios se hace carne y habita entre nosotros, cuando nos postramos para adorar a Cristo que en las manos del sacerdote se ofrece por amor a nosotros al Padre como en la Cruz, cuando recibimos su cuerpo y su sangre y desde dentro de nosotros mismos desde lo hondo de nuestro ser escuchamos la voz atronadora de la esperanza que nos dice ya llega la victoria de nuestro Dios y sentimos que triunfa Cristo en cada uno de nosotros, en nuestros corazones, y se hace posible seguir caminando por el desierto, porque sabemos que el hijo de la mujer vestida de sol, arrebatada los cielos, está vivo y presente en el sacramento eucarístico.

Dios había alimentado a su pueblo liberado de Egipto, en su largo caminar por el desierto, con aquel Pan del cielo que ellos llamaron maná. Pero Jesucristo nos dijo que nos daba el verdadero Pan del Cielo: *«su carne para la vida del mundo»* y agregó el Señor: *«porque sus padres comieron aquel pan maravilloso de desierto y murieron, pero quien coma de este pan no morirá para siempre»*.

Es en el seno de María Inmaculada donde Cristo Jesús se hizo hombre, fue desde el momento de su entrada en el mundo que Jesús le dijo al Padre: *«aquí estoy, para hacer tu voluntad»*... *«tú no quieres sacrificios ni holocaustos, pero me has dado un cuerpo»*. Y fue todo su ser de Hijo de Dios el que Cristo entregó en la Cruz. Cuando entregó su cuerpo por nosotros y derramó su sangre por nosotros. Y fue en la Última Cena, la noche antes de padecer, cuando dio a sus discípulos el mandato de hacer esto en conmemoración suya y les dio a comer el pan partido que es su Cuerpo y les dio a beber el cáliz lleno del vino que es su Sangre.

Nosotros hoy inauguramos los días solemnes de este Congreso Eucarístico en los cuales será alabado, bendecido, exaltado Jesucristo, presente en el santísimo sacramento del altar. Reviviremos con mayor solemnidad y fervor lo que constituye el único culto agradable a Dios; la ofrenda de su Hijo por nosotros, hecha de una vez y para siempre y actualizada en cada celebración de la Eucaristía. Nos pondremos de rodillas delante del Hijo de Dios hecho hombre, adoraremos a Cristo, vencedor de la muerte, resucitado vivo y presente entre nosotros, con su cuerpo llagado y glorificado, como está junto al Padre, con aquel mismo cuerpo que vivió en las entrañas purísimas de la Virgen María.

Por eso confiamos a la Madre Inmaculada estos días de oración, de acción de gracia y de esperanza. Ella nos trajo al Salvador que adoramos postrados llenos de gratitud, ella recibió junto a la Cruz el mandato de su Hijo de cuidar de nosotros como Madre y a ella confiamos nuestra fe en Jesucristo, nuestra adhesión a Él, la alabanza que desde esta Arquidiócesis rendiremos con Cristo al Padre en unión del Espíritu Santo en el comienzo de este siglo y de este milenio, a los dos mil años de la encarnación, sabiendo que su Hijo, el hombre de Nazaret, el Cristo de la Cruz y de la gloria está con nosotros y es el mismo AYER, HOY Y SIEMPRE.

En tus manos, María Inmaculada, ponemos nuestro Congreso Eucarístico, que inauguramos bajo tu mirada amorosa de Madre.